

Traducción: Tomás Guillén Vera

Es una cosa cierta que vivimos en un siglo ilustrado, que exige exactitud y demostraciones en la totalidad de los conocimientos humanos en la medida de sus posibilidades. Los descubrimientos que se han hecho en el cielo, la descripción exacta del globo terráqueo, la anatomía de los animales, el dibujo de las plantas, los experimentos de la química, el análisis de los matemáticos, la ciencia militar y todas las artes tanto liberales como mecánicas dan fe de ello.

Esta exactitud que los verdaderos sabios exigen hoy se ha extendido hasta la Historia, que parece la menos susceptible para ello y que en efecto ha sido tratada en otro tiempo de una manera bastante novelesca por autores que no intentaban más que agradar a los grandes y divertir a los demás. Hay quienes han inventado fábulas a placer, otros han recogido sin juzgar mil cuentos frívolos bajo el pretexto de la tradición. Y se observa que sobre todo los autores de historias particulares o crónicas se tomaron mucha libertad con vistas a halagar a sus señores o a sus compatriotas. De ahí procede que se contradigan unas a otras y que de ninguna manera concuerden con la historia universal. Al ser esto vergonzoso e indigno de la inteligencia de nuestro siglo, los sabios han trabajado desde hace algún tiempo en limpiarlas de estos defectos.

Para juzgar la Historia con claridad, se la puede comparar con el cuerpo de un animal, en el que hay huesos que lo sostienen todo, nervios que lo unen todo, espíritus que mueven la máquina de los humores, en los que consiste el jugo nutritivo, y finalmente la carne, que culmina toda la masa. Las partes de la Historia responden bastante a ello: la cronología, a los huesos; la genealogía, a los nervios; los motivos ocultos, a los espíritus invisibles; los ejemplos útiles, al jugo, y el detalle de las circunstancias a la masa completa de la carne. Considero, pues, la cronología o conocimiento de los tiempos como la base o esqueleto de todo el cuerpo, que constituye el fundamento y el sostén de todo lo demás. La genealogía de las personas ilustres responde, a mi parecer, a los nervios y a los tendones de la Historia; porque, como la Historia cuenta lo que ha pasado entre los hombres, es muy necesario que tenga en cuenta la conexión natural de los hombres, que consiste en el parentesco. Y como siempre la sucesión ha dado mucho poder y autoridad, y como la mayor parte de los pueblos lo han tenido en cuenta para evitar los desórdenes y las dificultades que se encuentran en la elección de los hombres, vemos que las historias de los pueblos, de los reinos y de los dependen mucho de las conexiones y cambios de las familias, de donde han venido guerras, uniones de varios territorios, para dar forma a una gran monarquía y a las pretensiones de un príncipe sobre otro.

Cuando comparo la cronología con los huesos y la genealogía con los nervios, creo que por lo que se refiere a los espíritus, los humores y la carne, se los puede comparar dentro de la Historia con los motivos, los ejemplos útiles y el detalle de las circunstancias. Así como los espíritus, a pesar de que son completamente invisibles, dan el movimiento y la oscilación a toda la máquina, del mismo modo son los motivos ocultos los que hacen actuar a los soberanos y los que son las verdaderas causas de las empresas. Pero como en la medicina nada es más difícil ni menos claro que la naturaleza de

los espíritus animados, es preciso reconocer también que esta parte de la Historia es la que está más sujeta a precaución. Ahora bien, como la sangre mezclada con otros humores según el temperamento de cada uno alimenta todas las partes, del mismo modo considero que el jugo verdadero de la Historia consiste en los ejemplos instructivos, sin los que la cronología y la genealogía se parecen a un esqueleto desnudo o a un cuerpo enflaquecido. En una palabra, para que el cuerpo de una historia tenga toda su belleza, debe estar revestido como de carne, es decir, no debe carecer del detalle de las circunstancias curiosas.

Pero el alma de todo es *la verdad*. Ahora bien, como la Historia sin la verdad es un cuerpo sin vida, es preciso procurar no anticipar nada sin fundamento y limpiar poco a poco la Historia de las fábulas que se han deslizado en ella. En esto se trabaja desde hace algún tiempo con bastante aplicación, en particular en Francia y en los Países Bajos, donde la Historia está progresando más. Porque es preciso reconocer que los italianos hasta hoy han sido los menos exactos y que los alemanes, aunque hayan comenzado a desengañarse de muchas fábulas, hasta hoy han sido, sin embargo, más indulgentes de lo necesario con algunos errores populares. Es preciso excluir siempre a algunas personas inteligentes tanto en Alemania como en Italia; éste es el cardenal Baronius que no ha puesto dificultades para reprobear la donación de Constantino, que en otro tiempo no se habría atrevido a contradecir sin crimen de herejía; éste es también Marquard Freher, consejero del elector palatino, que ha abierto el camino a los de nuestra nación y algunos otros de esta categoría, cuyo número no es demasiado grande. Sin embargo, la diferencia que existe todavía es que se ven todos los días libros de Historia, que se publican con el visto bueno en Alemania y en Italia, que se abuchearían en Francia y en los Países Bajos, donde se exigen pruebas buenas conforme se avanza en temas de Historia antigua y media; porque respecto de la moderna es otra cosa.

Es preciso reconocer también que todas las partes de la Historia no son igualmente susceptibles de exactitud, porque ¿quién podría asegurarnos los motivos ocultos que recoge la Historia antigua? Tenemos bastante dificultad para adivinarlos en los asuntos de la actualidad. Pero es preciso reconocer asimismo que esto es lo que menos se pide en las historias antiguas, y es sobre todo la cronología y la genealogía las que tienen la mayor necesidad de rectificación. De hecho, a esto es a lo que las personas inteligentes están muy unidas. Y para interpretar las épocas, nos hemos servido de algunos caracteres incontestables, a saber, de los eclipses del sol y de la luna; porque con frecuencia las historias las señalan al suceder de una manera bastante bien detallada, y como la astronomía nos proporciona la posibilidad de conocer exactamente el momento de cada eclipse, y hasta se han fabricado máquinas para saber inmediatamente sin cálculo si tal eclipse ha sucedido en un tiempo determinado, es por lo que se ha rectificado mucho la cronología.

Por lo que se refiere a las genealogías, no es en el cielo donde se puede encontrar la luz a menos que se evoque a las almas, como se cuenta del emperador Maximiliano I, que tenía ganas de hablar con sus antepasados, es en la tierra y en particular en el polvo de los viejos papeles donde se encuentra el esclarecimiento. Porque en cuanto a los epitafios o inscripciones, se encuentran pocos antiguos (excepto a los griegos y a los romanos), la mayor parte de los que se ven por aquí y por allí en Alemania, que se quiere

hacer creer muy antiguos, han sido hechos mucho tiempo después, como por ejemplo el epitafio de Witikind, que el emperador Carlos IV mandó hacer al pasar por Westfalia. Por esto nos hemos visto obligados a recurrir a manuscritos y viejos títulos o diplomas que hemos sacado de bibliotecas, archivos y sobre todo de monasterios, en los que los religiosos tenían la costumbre de señalar algo de lo que pertenecía a los fundadores y a otros benefactores. Una gran cantidad de sabios han trabajado en esta investigación y han sacado de las tinieblas una cantidad considerable de documentos, que han hecho públicos e incorruptibles por medio de la impresión, la única capaz de asegurar estos documentos contra las injurias del tiempo, a fin de que no vuelvan a perderse.

Pues bien, al cotejar estos documentos de la antigüedad tanto entre sí como con los autores modernos que circulan por el mundo, se ha descubierto en ellos una infinidad de errores muy burdos. Esto hace que, en temas de Historia, los autores inteligentes, que cuidan su reputación, casi no se atreven a avanzar nada si no es sobre buenas garantías, por miedo a tener un desmentido por medio de algún documento antiguo que pueda descubrirse un día. Pero sobre todo es necesario tener esta prudencia en las genealogías, porque como de cada varón que se deja entrar entre los ancestros de una familia depende toda la serie y como la falta de una única persona la convierte en defectuosa, algo que no ocurre con otros errores, esto demuestra la necesidad de asegurarnos de lo que se adelanta antes de no tenerlo en cuenta.

G.W. LEIBNIZ, *PREFACIO CORRESPONDIENTE A LOS SUPLEMENTOS HISTÓRICOS*, (Dutens IV, 2, 53-54)

Traducción: Tomás Guillén Vera

Tres son los objetivos que buscamos en la historia: primero, el placer de conocer cosas singulares, después y sobre todo preceptos útiles para la vida, y finalmente conocer los orígenes del presente que se han repetido desde el pasado, porque todo se conoce mejor a partir de sus causas. Se añade que la esperanza de la posteridad incita a los hombres a actuar de manera noble, de forma que del mismo modo que leen a los antiguos, también ellos mismos sean leídos por las generaciones siguientes. Finalmente, incluso las fábulas proporcionan placer; pero los documentos singulares, sobre todo aquellos en los que aprendemos algo que la propia razón no habría dictado fácilmente, los encuentro pocas veces incluso en los escritores buenos; cuánto más entre aquellos necios o bárbaros que han producido los siglos condenados por la ignorancia. Pero ahora hay que agradecerse-lo y conviene ponerles valor a causa de sus orígenes, puesto que se desea a los mejores, y no está permitido reemplazar la serie de hechos procedentes de otra parte. Además, creo que no sólo los escritores antiguos griegos y latinos sino también los orientales e incluso los historiadores (si ponemos aparte el placer de conocer todas las cosas y la utilidad de los ejemplos) estaban al servicio sobre todo de los orígenes sagrados, y de la religión, contenida en los libros sagrados y en las leyes de los cristianos; tanto para hacer saber que su autenticidad y autoridad estaba en las Escrituras, como para sacar a la luz la interpretación verdadera, una vez conocido el gusto de la época y comparadas las opiniones de los antiguos. Pero los escritores posteriores, aunque son semibárbaros, sin embargo en la medida que enseñan los orígenes de nuestros asuntos civiles, por eso mismo son más útiles que aquellos que son mucho más elegantes que los que se ocupan

de los asuntos de los príncipes y de los negocios públicos y tienen ansia por saber. Porque de las ruinas del antiguo Imperio Romano, después de ser destruido por la inundación de los pueblos germánicos y escitas, nació otra clase de cosas, de donde brotaron poco a poco reinos, principados y repúblicas, que ahora también florecen. Así pues, para conocer sus orígenes, cambios, conflictos, límites, aumentos o disminuciones y, finalmente, las familias reinantes, es necesario remontarse a los escritores de la Edad Media, de los que la mayoría de los que sobreviven están editados, pero no pocos todavía permanecen ocultos, y de vez en cuando salen a la luz.

Por cierto, en otro tiempo se descuidaban o se suprimían los genuinos monumentos de la historia; y muchos escritores, sobre todo del siglo pasado, incluso algunos del nuestro, al narrar historias de tiempos remotos, más elegantes que fieles, se proponían que pudieran ser leídas solamente por ellos mismos, y reinar en la posteridad ellos que habían alcanzado la autoridad. Pero poco a poco se evidenció cuánta diferencia hay entre la simple verdad, ciertamente tosca, pero que en todo caso existe en las hazañas de un escritor cercano, y las narraciones artificiosas e incluso adornadas de un autor que valora todo a través de las costumbres de su tiempo o está impregnado por los sentimientos de su época. Y se ha descubierto que los autores más recientes, también dotados de juicio y amor a la verdad, e instruidos por los monumentos, tal como hay que confesar que han existido, entre nosotros Aventino, entre los galos Pablo Emilio, entre los hispanos Mariana, entre los italianos Sigonio, y entre los ingleses Polidoro Virgilio, que, sin embargo, a menudo se han equivocado gravemente. Por esto, hombres muy doctos y juiciosos pensaron que lo mejor era que las propias fuentes fueran puestas al descubierto para que cada uno disfrutara de ellas, y pudiera distinguir las aguas puras de los arroyos a menudo más turbios. Y ciertamente acá y allá se editaron muchos escritores intermedios, aunque en todo caso finalmente surgieron muchos otros complejos, como, entre nosotros, Pistorius, Schardius {Simon Schardius, 1535-1573}, Urstisius {Christian Wurtisen, 1544-1588}, Freherus {Marquardus Freherus -Marquard Freher-, 1565-1614}, Goldastus {Melchior Goldast, ca. 1576-1635}, Meibomius {Heinrich Meibom, 1555-1625}; entre los franceses, Pithaeus {Pierre Pithou, 1539-1596}, Quercetanus {Joseph Duchesne, 1544-1609}, Dacherius {Luc d'Achery, 1609-1685}, Mabillonius {Jean Mabillon, 1632-1707}, Baluzius {Etienne Baluze, 1630-1718} y otros; aunque ahora no hablaré de los italianos, ingleses, belgas y españoles, puesto que éste no es el lugar para proponer una reseña de todos ellos.

Las oportunidades que tuve de viajar y las relaciones con los amigos, así como las bibliotecas y los archivos públicos de los príncipes, me proporcionaron muchos monumentos y escritores de la historia media, a algunos de los cuales, con el estímulo de hombres eruditos, decidí sacar a la luz bajo el título de Suplementos históricos. Si Dios quiere, seguirán más cosas de este tipo.